

# CRISIS DE LAS VANGUARDIAS CONCIENCIA DE CLASE Y AUTONOMIA OBRERA

IGNACIO FDEZ. DE CASTRO



El tema está aquí, llamando al análisis, diariamente puesto de manifiesto y no sólo por la incapacidad de las "vanguardias" de hacer avanzar la revolución proletaria un solo paso y por sus permanentes escisiones y fraccionamientos, sino también por la presencia cada día más determinante del movimiento autonomista de la clase obrera que con bastante rapidez va invadiendo el estrecho espacio donde se sitúa "la toma de conciencia" de clase, espacio que hasta hace poco estaba reservado a las "vanguardias".

Hoy "la toma de conciencia" no lleva inevitablemente a formar parte de una vanguardia de la clase, hoy existe una "toma de conciencia de segundo grado" que lleva a salirse de la vanguardia para caminar hacia la clase, para encontrarse en una clase que despierta y se despereza, que ensaya ver con sus propios ojos y pensar con su propia cabeza.

El problema es doble: por una parte, el que plantea en la crisis de las "vanguardias" la presencia cada vez más extendida de esta toma de conciencia de segundo grado y que se concreta en la pérdida permanente que hoy sufren de militantes "concienciados". Por otra, el que en el lento pero inevitable despertar de la clase —su proceso de toma de conciencia— aparezca un camino distinto al que conducía a sus miembros concienciados a integrarse en la vanguardia, un camino que niega la necesidad de la vanguardia, que denuncia sus funciones y que busca nuevas formas organizativas, nuevos contenidos de las luchas y nuevos objetivos a corto y aún a largo plazo. En el fondo, este doble problema se reduce a que hoy en el conoci-

miento de la realidad —que no otra cosa es la toma de conciencia— se incluye el conocimiento del movimiento obrero tal y como históricamente se ha realizado, incluidas, naturalmente, las propias vanguardias y sus prácticas. Por eso podemos hablar de una "toma de conciencia de segundo grado" cuando se superpone o, dicho en términos más exactos, se produce en los militantes de vanguardias pese a las condiciones desfavorables para la reflexión crítica en que se encuentran por la disciplina y la "fe" que les impone su militancia.

La cuestión, pese a los esfuerzos que se han hecho y que se siguen haciendo para evitarlo, era históricamente irremediable. Una vez que el marxismo desencadenó el proceso de conocimiento de la realidad, nada ni nadie podía evitar que este proceso devorara a sus criaturas tan pronto como formaron parte de esa misma realidad.

Como quiera que es uno de los elementos determinantes de la crisis que hoy sufren las vanguardias —aunque no el único—, conviene detenerse para examinarlo.

Dos son las coordenadas del análisis. La primera, la que señala la teoría del empobrecimiento progresivo de la clase obrera y junto a esto la constatación de una realidad histórica más compleja. La segunda, el hecho histórico de la alienación generalizada de la clase obrera que dificulta la toma de conciencia de los componentes de la clase y hace que, en todo caso, ésta se produzca en capas minoritarias de la clase o exteriores a la misma, y junto a esto la forma en que históricamente se ha asumido este proceso por el movimiento obrero como consecuencia de la práctica organizativa que inicia Lenin.

Parece que no se puede dudar que en los primeros análisis del marxismo, y muy concretamente en el que sirve de base al *Manifiesto Comunista*, redactado directamente por Marx y Engels, el empobrecimiento progresivo de la clase obrera se identificaba con la tendencia generalizada, que probablemente en su tiempo era una tendencia real, a que los salarios —o precio de la fuerza de trabajo— se iban a estabilizar en el nivel de la reproducción biológica, cualquiera que fuese el trabajo realizado y el lugar o país donde se desarrollara. Sobre esta tendencia convertida en "ley" dentro de la teoría marxista se fundamentaron dos aspectos importantes del desarrollo de la lucha de clases: el internacionalismo proletario y el desarrollo del proceso de la toma de conciencia de la clase. Los obreros, en su lucha diaria por la supervivencia, iban a superar sus motivaciones individuales, sus motivaciones locales, y aun sus motivaciones nacionales, al comprobar en esta práctica reivindicativa la unidad de la clase obrera tanto a nivel nacional como internacional y todo ello gracias a las idénticas condiciones de explotación en que todos se iban encontrando. Esta comprobación les llevaría a entender que el enemigo era común y que para vencerle era preciso la unidad de acción y de organización y, en último término, a la elevación desde la lucha en el plano reivindicativo-económico a la lucha por el poder en el plano político, ya que comprobarían que el poder político estaba al servicio de los explotadores.

Los comunistas —o el partido comunista— organizados en esta concepción sólo se distinguían del resto de la clase obrera en

que habían tomado conciencia de la totalidad del proceso que sufría la clase, conocían su unidad objetiva, su internacionalismo y sus objetivos políticos y se iban a organizar para conseguirlos, añadiendo a la lucha generalizada de la clase por su supervivencia un elemento consciente y voluntariamente asumido que aceleraría la lucha de clases y acercaría el momento revolucionario. El partido no era otra cosa que la forma en que se organizaba la clase a medida que avanzaba el proceso de toma de conciencia, propiamente se trataba de la vanguardia de la clase obrera, los más avanzados en la lucha, y no, desde luego, de la organización de un grupo dirigente exterior y distinto a la clase, y "llamado" a sustituirla.

Sin embargo, los hechos no se ajustaron exactamente a esta interpretación teórica. La lucha misma de las organizaciones de la clase obrera y el propio desarrollo capitalista invierten la tendencia a la igualación de los salarios en los niveles más bajos y coincidentes con la reproducción biológica y así, en los países en los que avanza la industrialización, el valor de cambio de la fuerza de trabajo sube y se diversifica según las funciones en que se concreta la división del trabajo. Aunque puntualmente dividido por crisis periódicas, el capitalismo avanzado conoce un alza continuada y en ocasiones espectacular de los niveles de vida obreros, al propio tiempo que una cada vez mayor estratificación social de los asalariados según la formación social a que pertenecen, según el lugar que ocupan en la jerarquización de la organización del trabajo y las responsabilidades y el mando que los capitalistas les encomiendan. Estos fenómenos se acompañan de una movilidad ascendente generalizada entre los distintos estratos de la clase, movilidad debida a los aumentos cuantitativos desiguales de las distintas fracciones de la clase, crecimientos mayores para los grupos de actividad más calificada y, por lo tanto, mejor pagada y con mejores estatus sociales.

Al no cumplirse en la realidad la "ley" del empobrecimiento progresivo de la clase obrera, o sólo cumplirse coyuntural y relativamente en los periodos de crisis económica, la lucha por la supervivencia, por evitar que la codicia capitalista pusiera permanentemente en peligro la reproducción biológica de la clase, se convierte en una lucha reivindicativa económica cuyo objetivo es el aumentar —o en los periodos de crisis mantener— el valor de cambio de la fuerza de trabajo, el agilizar la movilidad ascendente descrita, el conseguir cotas cada vez más altas de calificación profesional a las que van siempre unidos los estatus sociales más elevados. Si la lucha por la supervivencia, en las condiciones que se preveían por la ley del empobrecimiento, llevaba a una toma de conciencia progresiva de la clase sobre su unidad y la absoluta necesidad de la revolución política para destruir al enemigo y la explotación que realiza, la lucha reivindicativa, en las nuevas condiciones y al tener como objetivos el aumento del consumo y la rapidez de la movilidad ascendente entre los estratos, lleva consigo fuertes ingredientes de integración y de alienación de la clase por el sistema, e incluso a factores contrarios —directamente contrarios— a la to-

ma de conciencia de la clase obrera. Basta, para comprender este cambio que impone el desarrollo de los hechos, el seguir históricamente las crisis de los partidos obreros que se inician en la guerra mundial de 1914-1918, acontecimiento que lleva a los partidos obreros socialistas y socialdemócratas que integran la Segunda Internacional a adoptar posturas nacionales y reformistas, y, como reacción crítica, al nacimiento de los partidos comunistas que al crear la Tercera Internacional reivindican el carácter internacional de la clase y su práctica revolucionaria de asalto al poder político para la implantación de la dictadura del proletariado.

En el fondo de esta crisis, se encuentra la presencia de los factores integradores descritos y que acompañaron a la lucha reivindicativa económica que las clases obreras de los distintos países beligerantes en la guerra mundial habían llevado adelante



en la etapa anterior, apoyados en el desarrollo capitalista desigual a niveles nacionales.

La guerra fue muy justamente analizada como la lucha entre las diversas potencias capitalistas en busca de un nuevo reparto del mundo ya totalmente colonizado, o como la lucha por la hegemonía a nivel mundial en la etapa imperialista del desarrollo capitalista. Si en el desarrollo capitalista anterior se hubiera cumplido la ley del empobrecimiento progresivo y las distintas clases obreras existentes en los diferentes países capitalistas después beligerante, hubieran llegado a un nivel igual de salarios de supervivencia y a unas condiciones de vida miserables y similares a las previstas, parece indudable que no habría existido una base material para que estas clases se

hubiesen sentido concernidas por la contienda —salvo para sufrirla—, ya que su resultado no podía ni empeorar ni mejorar su condición de pura supervivencia. La disputa, en ese caso, habría sido simplemente entre intereses capitalistas nacionales enfrentados por el reparto de la plusvalía que a nivel internacional se extraía del trabajo de los países colonizados; sólo la fuerza o la persuasión ideológica basada en los conceptos burgueses de patria, honor nacional, etc., hubieran podido llevar a las clases obreras de los países beligerantes a una guerra que no era la suya, y aun así nada ni nadie hubiera podido evitar que las vanguardias concienciadas y organizadas de la clase, los partidos socialistas y socialdemócratas de la época agrupados en la Segunda Internacional, hubieran renunciado a la guerra movilizándose contra ella, cuando no —como más tarde pretendieron los comunistas— tratado de convertirla en una lucha de la clase obrera unida y sin patria contra todas las burguesías nacionales.

Pero las cosas no ocurrieron así y todos sabemos que las organizaciones obreras que componían la Segunda Internacional se decidieron, unas detrás de otras, a apoyar la guerra capitalista, formando un bloque patriótico con sus respectivas burguesías nacionales. Así, la clase obrera dividida fue a la guerra para defender sus patrias respectivas, sin duda enajenadas por la ideología burguesa, pero también impulsadas por sus respectivas organizaciones de clase donde teóricamente se debían encontrar sus miembros más concienciados y por las vanguardias organizadas donde se encontraban aquellos que habían tomado conciencia y que se suponía inmunes a la ideología dominante.

Un análisis marxista de estos hechos no puede quedarse simplemente en constatar la alienación de las clases obreras, bajo el socorrido expediente de afirmar que la ideología del bloque dominante es la ideología que tiene la clase obrera antes de su toma de conciencia, ni resolver el problema de la decisión de los partidos y sindicatos pertenecientes a la Segunda Internacional de apoyar a sus burguesías en la guerra, achacándolo a la traición de sus dirigentes "que habían sido comprados por sus respectivas burguesías haciéndoles participar de la plusvalía que extraían de las colonias", sino que debe tratar de encontrar la base material en que se apoyaba, tanto la penetración ideológica burguesa del concepto de patria en la totalidad de la clase, como el comportamiento de las organizaciones de clase, tan absolutamente contradictorio con el internacionalismo proletario que proclamaban. Esta base material no era otra que los efectos del fraccionamiento material de la clase obrera a nivel de las distintas formaciones sociales que se produjo por el crecimiento desigual del valor de la fuerza de trabajo en los distintos países y el hecho de este crecimiento desigual era directamente dependiente del desarrollo de los capitalismo nacionales y de las posiciones relativas que ocupaban en el conjunto de los países capitalistas. Los intereses objetivos fraccionales de las clases obreras nacionales eran distintos y, en este caso, enfrentados al interés objetivo general de la clase obrera internacional y constituyeron,

sin duda, la base material de los comportamientos reseñados, tanto a nivel de las clases, como de sus organizaciones concienciadas, lo cual no puede por menos que indicarnos que, si bien era cierto que la clase obrera en su conjunto aparecía enajenada por la idea de patria y que este concepto pertenece a la ideología dominante, esta enajenación no sólo era favorecida porque desde sus posiciones fraccionales podían aceptarla como descriptiva de sus intereses, sino también porque la "toma de conciencia" de clase, la que era mayoritaria en sus organizaciones políticas y sindicales, no era una toma de conciencia de clase obrera, sino una toma de conciencia igualmente falseada e ideológica que recubría y justificaba los intereses fraccionales de las clases obreras nacionales, aun cuando éstos estuvieran enfrentados con los generales de la clase.

El no haber puesto en cuestión la ley del empobrecimiento progresivo de la clase, pese a que los hechos la contradecían, es lo que directamente impidió, en aquellos momentos, una toma de conciencia o conocimiento de la realidad que incluyese en esa realidad el fraccionamiento nacional de la clase, dejándola sin defensas, aun en su parte organizada, ante los factores integradores y alienadores —de carácter material— que comportaba la lucha reivindicativa económica en las condiciones nuevas que imponía el propio desarrollo capitalista, a través de la división del trabajo y del crecimiento desigual de los capitalismo nacionales. La aparición de los partidos comunistas escindidos de la II Internacional y la creación correspondiente de la III Internacional llevan al movimiento revolucionario de la clase obrera, bajo la dirección del pensamiento de Lenin y del Partido Comunista Ruso, por un nuevo camino que le conducirá, sin embargo, a un nuevo callejón sin salida.

Se trata, de nuevo, de una deficiente comprensión, por las nuevas vanguardias, de las transformaciones bastante profundas que se estaban realizando en la clase obrera, como consecuencia del desarrollo histórico del capitalismo. El análisis defectuoso de la realidad que hacen los pensadores y dirigentes marxistas más radicales del movimiento obrero en aquellos momentos es una de las causas más importantes de la situación de crisis en que se encuentran hoy las vanguardias nacidas de estos análisis. Sus prácticas "revolucionarias", consecuencia de los mismos, son causas inmediatas del punto muerto a que ha llegado la revolución comunista, tanto en los países donde tales vanguardias se encuentran en el poder, como en los países en que luchan y hacen luchar a la clase obrera para conseguirlo.

El abandono del internacionalismo proletario por parte de la socialdemocracia en el momento de la guerra mundial y su cada vez más evidente inclinación hacia un reformismo colaboracionista con el capitalismo, se interpreta, por los escindidos que conforman el movimiento comunista de la III Internacional, como la consecuencia de la traición de los dirigentes socialdemócratas. Los dirigentes comunistas se muestran incapaces de ver que su causa real es el fraccionamiento de la clase a escala nacional, consecuencia de la división del trabajo



que a nivel internacional impone el desarrollo capitalista. Se pasa por alto el hecho de que el valor de cambio desigual que tienen las fuerzas de trabajo de los distintos países se encuentra íntimamente ligado con el desarrollo desigual del capitalismo, de tal manera que en los países con un desarrollo capitalista más avanzado los valores de cambio de la fuerza de trabajo son varias veces superiores a los que tiene la fuerza de trabajo en los países menos desarrollados y que el avance del capitalismo nacional depende de la posición que ocupe en las relaciones internacionales el país de que se trate, hasta el punto de que su desarrollo desigual se manifiesta en estas posiciones. Este pasar por alto el hecho más significativo del momento, que explica la realidad histórica precisamente por el fracciona-

miento material de la clase y que hace coincidir los intereses objetivos de cada fracción nacional de la clase obrera con el interés de la fracción capitalista nacional correspondiente, les impide comprender no sólo las raíces de la decisión socialdemócrata en el momento de la guerra, sino también que es en este fraccionamiento de la clase a nivel nacional donde se encuentra la base material de todo el reformismo de la clase y de su integración en el sistema capitalista a través de la lucha reivindicativa, tal como la desarrollan las organizaciones sindicales dirigidas por los propios partidos obreros. En lugar de llegar al conocimiento de que la clase obrera se encuentra fraccionada a niveles nacionales como consecuencia de la diversificación cada vez más profunda que se realiza en los

valores de cambio de la fuerza de trabajo por el desarrollo desigual, permanecen anclados en un concepto de clase derivado de la ley del empobrecimiento progresivo. Este concepto de clase se convierte en un concepto ideológico que oculta la realidad, concepto mítico sobre el que se realiza la "toma de conciencia" de las vanguardias, que se convierten de esta forma en "vanguardias" de una clase obrera inexistente, en nombre de la cual realizarán su acción política y asentarán sus objetivos de clase. A partir de este momento los partidos comunistas nacerán y crecerán sobre un proceso de toma de conciencia ideológica no coincidente con el conocimiento científico de la realidad y permanentemente se verán sacudidos por sus contradicciones. Por otra parte, no pueden evitar el enfrentarse con una realidad que muestra los aumentos reales del valor de la fuerza de trabajo en los países desarrollados, ni con los efectos integradores que la lucha reivindicativa de la clase tiene en los largos periodos de desarrollo capitalista en estos países, ni con el hecho de la contradicción que esta realidad plantea a la ley marxista del empobrecimiento progresivo. Terminan resolviendo esta contradicción, o bien negando la realidad, o bien interpretando la ley en el sentido de que el empobrecimiento se refiere a grados de alienación cada vez mayores y no a un empobrecimiento material y referido a los salarios. Por otra, el hecho de que la lucha obrera por la mejora de sus salarios y de sus condiciones de vida no produce necesariamente, como estaba previsto, una toma de conciencia revolucionaria, sino en muchas ocasiones reformista, lleva a los partidos comunistas a sustituir la concepción de partido de masas por la de "vanguardia dirigente" en la que se organiza de una manera férreamente disciplinada el grupo minoritario de militantes que han alcanzado conciencia de clase revolucionaria. Las nuevas vanguardias —o los partidos comunistas— nacen de la constatación, puesta en evidencia por la "traición socialdemócrata", de que la clase, de forma natural y mayoritaria, se organiza para objetivos reformistas y que sólo es una minoría la que llega a una toma de conciencia del carácter revolucionario "objetivo" de la clase y que esta toma de conciencia revolucionaria se explica mediante un proceso de conocimiento intelectual y no como consecuencia de la lucha económica. Tanto la organización interna del partido o vanguardia, como sus funciones, como sus objetivos, como los mecanismos de relación con la clase, como los procesos de toma de conciencia, vienen determinados por esta contradicción entre una concepción teórica de la clase obrera que la convierte en el necesario sujeto de la revolución comunista, y una realidad que muestra como la clase obrera está "alienada" y como gracias al éxito en sus luchas reivindicativas camina rápidamente hacia la integración en el sistema capitalista que le explota. Sólo en los países subdesarrollados en los que la clase obrera se encuentra en el límite de la miseria y de la pura reproducción biológica, o en una hipotética crisis económica agudísima que reproduciría esta situación en los países más desa-

rollados, la revolución aparece como posible por el espontaneísmo revolucionario de las masas. En los países desarrollados, la revolución sólo se puede impulsar mediante un complejo mecanismo organizativo que convierta las puntuales movilizaciones de la clase para conseguir ventajas económicas y mejores condiciones de vida en puntos de apoyo para alcanzar objetivos tácticos escalonados que el grupo dirigente —o vanguardia de la clase— supone que se articulan como pasos necesarios para la revolución. El mecanicismo más notable de esta organización de la clase es el sindicato o la organización de masas que organiza a éstas para sus objetivos de reivindicación económica, pero que, al propio tiempo, sirve —en cuanto que su dirección última pertenece al partido— para orientar las movilizaciones y hacerlas coincidir con los objetivos políticos.

El partido, en estas condiciones, no puede ser "democrático", ni establecer, sin riesgo de caer en el reformismo, una estrategia organizativa democrática, de tal manera que sean las organizaciones de la clase obrera las que señalen las líneas y los objetivos, ya que estas aspiraciones se constata que no son revolucionarias y que la clase carece de conciencia de clase. La conciencia objetiva de clase sólo la tiene la minoría dirigente organizada en el partido y, aun dentro de ésta, solamente el grupo mucho más minoritario de sus dirigentes internos, en ocasiones una sola persona. Forzosamente el partido, para conseguir el apoyo puntual de la clase a sus objetivos tácticos que le vayan acercando a la toma del poder, no puede ponerlos al descubierto sin el riesgo de fracasar en la movilización o desmovilización necesaria y tiene en muchas ocasiones que recurrir a motivaciones coincidentes con las aspiraciones reformistas de la clase para movilizarla. Ni puede, ni tan siquiera para contárselo a la almohada, realizar análisis de la coyuntura política y económica que, aun siendo ciertos, resulten desmovilizadores para la clase o para sus propios militantes, y así los análisis se tendrán que ajustar permanentemente a los objetivos, aunque no resulten ciertos ni coincidentes con la realidad.

El partido, en fin, para no aislarse de la clase, se verá tentado de reformismo y cuestionado, desde su izquierda, por sus propios militantes más radicales que terminan separados para formar el verdadero partido de la clase, acusando de reformista, de revisionista, de subjetivista, de traidor y de manipulador de la clase al grupo dirigente del partido del que se han separado.

Por otra parte, como quiera que el desarrollo capitalista continúa, en gran parte, condicionado por la respuesta permanente que debe dar a las aspiraciones económicas de los asalariados y que ese desarrollo se traduce en un fraccionamiento cada vez más pronunciado de la masa asalariada a la que estratifica por consumos, funciones y culturas diferenciadas, aparecen dentro del conjunto de los asalariados de esta formación social unas capas que funcionalmente realizan actividades técnicas y tecnocráticas, que controlan hasta cierto punto la ejecución del proceso productivo y la distribución y circulación de los bienes y aun de la plusvalía, y que, por su misma

posición de relativo privilegio y sobre todo por su posición funcional clave dentro del desarrollo, perciben, más que ninguna otra capa asalariada, el carácter parasitario de los capitalistas de quienes dependen. Esta fracción o grupo, por otra parte, constituye, en toda sociedad desarrollada, el soporte humano de la parte de la estructura donde se concentra la "cultura" capitalista, o conjunto de conocimientos que el capital necesita incorporar a la fuerza de trabajo para que maneje y haga funcionar el complejo aparato productivo, conocimientos técnicos, económicos, demográficos, sociales, etc., cuya incorporación a la fuerza de trabajo asalariada se realiza a través de los grados superiores de la enseñanza universitaria. Todas estas circunstancias que concurren en esta fracción del asalariado constituyen la base material de sus intereses objetivos fraccionales y, en definitiva, pueden llegar a formularse en un proyecto político cuyo objetivo sea el suprimir la posición parasitaria de los capitalistas de quienes dependen, mediante la estaización y nacionalización de los medios de producción que así quedarán directamente bajo su control, lo que en definitiva representaría la conquista por este grupo —las fuerzas de la cultura o tecnoestructura— de la propiedad real sobre los mismos.

Paralelamente, en los partidos comunistas, y debido a la forma "intelectual" de la toma de conciencia, que ha perdido su carácter de consecuencia espontánea de la lucha reivindicativa, y a que necesariamente se constituyen como alternativas de poder, con capacidad suficiente tanto para administrar el Estado como la economía productiva, se produce una lenta selección en el acceso a sus grupos dirigentes y en la formación de sus propias burocracias, selección que en líneas generales la hace coincidente con los estratos tecnocráticos y burocráticos de la sociedad capitalista, de tal manera que estas capas dirigentes y concienciadas de los partidos comunistas y sus burocracias a los niveles más altos tienen objetivamente la misma base material para sus intereses fraccionales que el resto de la tecnoestructura. Este proceso claramente visible y demostrado no sólo allí donde las revoluciones comunistas han triunfado, sino también en las formulaciones estratégicas de los partidos comunistas en sus diversas versiones, va lentamente cerrando el círculo que coloca al movimiento obrero en una lucha fraccional progresiva y convierte en ideología tanto las distintas líneas partidistas, como los análisis que las justifican.

De la pérdida del carácter internacionalista de la clase obrera sustituida por las clases obreras nacionales con intereses fraccionales opuestos y enfrentados entre sí, hasta la identificación de la revolución proletaria con la que conviene y se ajusta a los intereses fraccionales de la burocracia partidista y de una tecnoestructura asalariada, el camino recorrido ha sido largo. La crisis que hoy conocen las vanguardias obreras, formadas en este lento proceso histórico, y la aparición de las nuevas corrientes assembleístas dentro del movimiento no son sino el resultado de que en la toma de conciencia de los explotados se incluye ya el conocimiento de esta historia.